

ALBERTO PERALES CABRERA*

**PRESENTACIÓN DEL LIBRO PSICOANÁLISIS DE
VARGAS LLOSA**

Max Silva Tuesta, Editorial Leo, Lima, 2005.
24 de abril de 2005.

Introducción

Debo empezar agradeciendo a Max Silva Tuesta, colega, condiscípulo de formación seguineana y amigo de tantos años, la invitación a presentar su libro *Psicoanálisis de Vargas Llosa*. Y también de inicio recordar que la actividad científica se caracteriza por la compulsiva búsqueda de la verdad, la perseverancia en el trabajo y la rigurosidad del método empleado para disminuir la probabilidad de error. Como se sabe, toda investigación científica se estructura en base al planteamiento de un problema que el investigador aspira a resolver. Para ello, debe revisar las fuentes originales pertinentes y recopilar todo lo que se sabe sobre el tema; luego, debe perfilar la pregunta de investigación y plantear los objetivos que generarán la hipótesis a someter a prueba. Cumplido este paso debe seleccionar el diseño y método más adecuados para alcanzar el propósito de la pesquisa, organizar la recolección de datos y el análisis de los resultados y realizar su discusión crítica comparándolos con el conocimiento universal sobre el tema para , así, extraer las conclusiones. Finalmente, una vez concluido el trabajo de investigación, habrá de redactar el artículo en la forma más objetiva y específica posible, listando las fuentes de información y referencia utilizadas.

* Profesor Principal de Psiquiatría, Facultad de Medicina, UNMSM.

Hago todo este recuento de la metodología de investigación científica para resaltar que todos estos pasos han sido cumplidos por Max Silva en este esforzado trabajo. Por ello, más allá de cualquier crítica que pudiera hacerse a su contenido, aprobándolo o no, el material laboriosamente reunido, la precisión de las citas, el cruce de la información, la referencia a las fuentes primigenias y a informantes clave, de los cuales él mismo forma parte por su condición de condiscípulo escolar de MVLL, permanecerá como valiosísimo material de consulta, susceptible de ser revisado bajo nuevas perspectivas por otros investigadores que apunten hacia el mismo o similar objetivo.

Conviene, además, puntualizar otra de las características de Max Silva, que perfila a los investigadores serios. La importancia que da “a levantarle la falda” a la esquivada verdad. Para Max resulta secundario que sea él mismo u otro investigador quien lo logre apoyado en el camino trazado. Así lo plantea el mismo Max, cuando califica su aporte tan sólo de preliminar y señala: “Ardua fue la tarea de analizar el inconsciente de Mario Vargas Llosa, [...], sobre todo, por la escasez de informantes. Menos mal, ahí están los libros de MVLL, disponibles para cualquier lector, estudioso o investigador [...] a la mano de quien tenga la voluntad de ampliar más aún el conocimiento de la condición humana” (pp. 209)

Motivado por esta apertura para contribuir a su propósito, me permitiré avanzar algunas sugerencias sobre el objetivo planteado. Algunas coinciden con su análisis, otras se diferencian, particularmente por apuntar a nuevas áreas de indagación que requieren, a mi juicio, de mayor estudio y precisión. Demás está decir que las diferencias entre dos observadores se sustentan siempre en una visión de la realidad desde perspectivas personales diferentes.

Finalmente, y antes de entrar al tema de mi comentario, debo resaltar que el estilo de Max, es muy personal, celoso en la exactitud de los datos, agudo en sus observaciones, riguroso en sus discusiones y brillante en sus alcances. Los paralelismos que traza entre Vallejo y Vargas Llosa son de verdadera filigrana intelectual.

El estudio

Veamos ahora el contenido del texto. Max utiliza para su análisis de la interioridad inconsciente de MVLI, el marco freudiano del psicoanálisis (pp.18). Conviene, aquí, recordar la famosa frase de Kurt Lewin: “*No hay nada más práctico que una buena teoría*”, pues, en cualquier investigación científica, el orden de los datos y resultados de las indagaciones solo lograrán coherencia insertadas en la estructura que les brinde una teoría. Consecuentemente, para evaluar adecuadamente el valioso aporte de Max Silva, debemos, aunque sea en forma somera, revisar la evolución actual de la teoría psicoanalítica. Nos valemos ampliamente para ello de la excelente revisión realizada, en 1994, por Gabbard, del Instituto Psicoanalítico de Topeka y Profesor de Psiquiatría de la Universidad de Kansas, de Estados Unidos, a quien debe adjudicarse la precisión de lo que a continuación expongo.

La teoría psicoanalítica actual

Todo hombre es producto de su época y Freud no fue la excepción; como tal, estuvo fuertemente influenciado por su entorno cultural mecanicista. El modelo topográfico de la mente, en sus primeras formulaciones, constituye prueba de ello. Explica la enfermedad mental en base a la represión de experiencias traumáticas vividas en la infancia. La propuesta terapéutica psicoanalítica freudiana afirmaba, entonces, que el levantamiento de tal represión, al permitir la recuperación de las memorias reprimidas y su pasaje al plano consciente del individuo facilitando la descarga del afecto almacenado a través del diálogo con el psicoanalista, conduciría a la desaparición de los síntomas. Muy pronto, sin embargo, Freud comprendió que no todas las memorias reprimidas eran susceptibles de hacerse conscientes. Los mecanismos de defensa que las mantenían reprimidas, al ser ellos mismos inconscientes, permanecían fuera del control del sujeto. Este hecho permitió a Freud comprender que el Yo tenía aspectos conscientes e inconscientes.

En un desarrollo ulterior, Freud elabora el modelo estructural de la mente, en el cual incluye al Yo, al Ello y al Super-Yo. Aquí, el nivel consciente del Yo es diferenciado de los impulsos instintivos. En su nivel consciente, el Yo actúa como organismo ejecutor de la psiquis, responsable de la integración de los datos percibidos y de la toma de decisiones; mientras que a nivel inconsciente, el Yo es responsable de organizar y utilizar los mecanismos de defensa a fin de controlar las pulsiones instintivas almacenadas en el Ello. Éste, por su lado, permanece completamente inconsciente, interesado tan sólo en descargar sus tensiones instintivas. En el esquema estructural, consecuentemente, el Ello resulta controlado tanto por el Yo como por el Super-Yo, instancia, esta última, de función inconsciente en su mayor parte aunque con partes conscientes que incorporan la conciencia moral y el ideal del Yo. La primera de éstas, según Freud, modelada según los valores parentales, familiares y societarios internalizados, proscribía las conductas que el sujeto no debe hacer, mientras que el segundo prescribe lo que debe ser o hacer.

Posterior a las primeras formulaciones de su teoría psicoanalítica, a fines del siglo XIX, diversos discípulos de Freud, algunos mal llamados disidentes, han enriquecido las propuestas originales. Tales aportes pueden agruparse en tres desarrollos teóricos: 1) La Psicología del Yo, alineada al psicoanálisis clásico; 2) La Teoría de las Relaciones Objetales, derivada de los trabajos de Melanie Klein y los miembros de la escuela británica, incluyendo a Fairbairn, Winnicott, Balint y Mahler; y, 3) La Teoría del Self (del sí mismo), emanada del enfoque interpersonal Sullivaniano pero formulada en los términos de Heinz Kohut

Habiendo Max Silva escogido la línea clásica freudiana, resumiremos en mayor detalle el primero de los desarrollos citados.

La Psicología del Yo

Conceptualiza las instancias mentales: Yo, Ello y Super-Yo en permanente conflicto dinámico de fuerzas y concertaciones que, como

resultante de la demanda instintiva ejercida por el Ello sobre el Yo y el esfuerzo represivo de éste como mecanismo de defensa ante la concomitante presión del Super-Yo, habrá de generar angustia, la cual se convierte en síntoma neurótico como solución de compromiso, pues, al mismo tiempo que logra reprimir la demanda instintiva permite una satisfacción parcial, aunque disimulada, de la misma. Del mismo modo, los rasgos del carácter habrán también de formarse por la continua repetición, a lo largo de la vida, de tales soluciones de compromiso con propósito adaptativo y creativo frente a los conflictos intrapsíquicos.

Aunque el concepto original de mecanismo de defensa fue propuesto por Freud quien trabajó prioritariamente con el de represión, fue su hija Ana quien, posteriormente, amplió la cobertura de los mismos describiendo ocho más de ellos en su libro *El Yo y los mecanismos de defensa*. Los desarrollos ulteriores habrían de incorporarlos en la clínica psicoanalítica, ubicándolos en un *continuum* de salud – enfermedad, además de categorizarlos, desde los considerados normales o maduros hasta los de extrema patología o de alta inmadurez. Actualmente se acepta que la determinación clínica del perfil de mecanismos de defensa utilizados por una persona da una idea clara de su estado de salud o patología psíquica. Vaillant, por ejemplo, ha destacado entre los mecanismos más maduros, y por ende más normales, los siguientes: 1) Supresión, 2) Altruismo, 3) Sublimación y 4) Humor.

Conviene, sin embargo, señalar que la importancia otorgada actualmente al Yo para la comprensión de la vida mental no se limita a los mecanismos de defensa. Heinz Hartmann, el teórico que más ha aportado al conocimiento de los aspectos **no defensivos** del Yo, destaca la importancia de éste en su función de contacto con la realidad externa. En tal sentido, este autor considera en el Yo un área libre de conflicto que se desarrollará independientemente de la influencia del Ello. Así, un entorno saludable que rodee al niño permitirá, a despecho de la presencia de cualquier conflicto inconsciente, el florecimiento de funciones automáticas del Yo, tales

como: el pensamiento, aprendizaje, percepción, control motor y lenguaje, y otros, todo lo cual habrá de facilitar su adaptabilidad a la realidad como ser humano.

Los trabajos pioneros de Hartmann fueron posteriormente continuados por David Rapaport y Edith Jacobson. Estos autores precisaron lo que en la actual psiquiatría dinámica se denominan funciones, fortalezas y debilidades del Yo, de enorme valor clínico en la evaluación psicodinámica, tanto para fines diagnósticos cuanto terapéuticos. Posteriormente, Bellak operacionalizó tales funciones en escalas útiles para la investigación y el trabajo clínico, extrayendo de los aportes de Hartmann, como los más importantes, la prueba de realidad, el control de impulsos, los procesos del pensamiento, el juicio, el funcionamiento integrado, el dominio de la competencia y las autonomías primaria y secundaria.

Con este apretado recuento quiero precisar que el psicoanálisis actual puede evaluar el estado de salud de una persona tanto por los mecanismos de defensa anormales (síntomas) que usa, cuanto por las funciones normales preferentes que el Yo emplea.

Por otro lado, el impacto de los aportes citados han modificado la importancia de las originales fases del desarrollo libidinal (oral, anal y fálica) descritas por Freud, ampliándolas en perspectivas más comprensivas. Por ejemplo, Erik Erikson, siguiendo la impronta de Hartmann, criticó la consideración de los problemas de personalidad como resultado exclusivo de los conflictos intrapsíquicos y planteó, con gran énfasis, la necesidad de incluir en su comprensión los problemas sociales que emergen del contacto con el ambiente. En tal sentido, sistematizando sus observaciones, elaboró un esquema de desarrollo epigenético caracterizado por diversas crisis psicosociales que todo ser humano sufre en cada fase de su desarrollo libidinal. Así, durante la fase oral, el niño debe luchar entre confianza básica y desconfianza básica. En la fase anal, entre autonomía versus vergüenza y duda. Mientras que en la fase edípica, el conflicto será entre iniciativa y culpa.

Demás está decir que el complejo de Edipo ocupa, en la teoría clásica freudiana, lugar central en la patogenia de las neurosis.

Según esta teoría, el complejo de Edipo se inicia alrededor de los 3 años, cuando el niño, por un lado, focaliza su atención en sus genitales como fuente preferencial de placer y, por otro, experimenta el deseo de ser objeto exclusivo de amor del padre del sexo opuesto. Inicialmente, esto último no es más que la continuación del lazo afectivo que se desarrolla en la díada básica, en el caso del varón, con la madre. Tal idilio será interrumpido por el advenimiento de la tríada en la medida que el niño es crecientemente consciente de la competencia y rivalidad del padre del mismo sexo. Durante este periodo el niño desea dormir con la madre, acariciarla y convertirse en el centro de su mundo. Como la presencia del padre interfiere con tales planes, el niño desarrollará fantasías inconscientes (homicidas) para hacerlo desaparecer como rival. Tales deseos habrán de generar culpa y miedo a la venganza del padre así como creciente angustia de que tal revancha se lleve a cabo en la forma de castración. Para evitar tal peligro, el niño irá gradualmente renunciando a sus deseos sexuales incestuosos e identificándose con su padre. La identificación con el agresor conllevará la decisión de buscar una mujer como la madre, o ser como aquél en la vida adulta. En este proceso de resolución edípica, el padre vengativo será internalizado entre el quinto al séptimo año de vida, dando origen gradual al Super-Yo, instancia psíquica que Freud consideraba heredera natural del complejo de Edipo.

El curso evolutivo del complejo de Edipo, denominado de Electra en las niñas, es mucho más complicado. Freud mismo aceptó sus dificultades para entender la variante, aunque terminó ubicando el motor de la femineidad en la envidia del pene. Esta concepción fue *a posteriori* arduamente debatida y superada por los aportes de Stoller, Lerner y Torok, quienes demostraron que la primera fase del desarrollo de las niñas es específicamente femenina y que la femineidad definitiva se alcanza antes de la fase edípica.

Hasta aquí, los aportes de la Psicología del Yo. Revisaremos ahora, aunque en menor dimensión, las contribuciones de los

otros desarrollos: de la Teoría de las Relaciones Objetales y de la Psicología del Self.

La Teoría de las Relaciones Objetales

Como Gabbard señala, la Psicología del Yo plantea básicamente que los instintos (sexual y de agresión) son primarios, mientras que las relaciones objetales se derivan de ellos como fenómenos secundarios. En otras palabras, que la agenda prioritaria de un niño se orienta a la descarga de la tensión provocada por la urgencia instintiva. Por el contrario, la teoría de las Relaciones Objetales postula que las pulsiones instintivas emergen como consecuencia del contexto relacional, por ejemplo, de las vicisitudes de la diada madre-hijo(a). Fairbairn ha planteado que, en su forma más simple, la Teoría de las Relaciones Objetales implica la transformación de las relaciones interpersonales reales en representaciones internalizadas de las mismas. En esta perspectiva, durante el desarrollo del niño, éste no sólo internaliza un objeto o persona, sino, más bien, su relación global con ese objeto o esa persona. De este modo, lo internalizado, que gradualmente conformará el modelo de las futuras relaciones, incluye la experiencia positiva del Yo (el niño); una experiencia positiva del objeto (la madre cariñosa) y la experiencia positiva producida por la satisfacción de la necesidad instintiva (por ejemplo del hambre por la lactancia). En la vida real, sin embargo, cuando el hambre retorna y la madre no está en disposición inmediata para satisfacerla, se vivencia un prototipo de experiencia negativa del Yo (el niño frustrado), un objeto frustrante (la madre no disponible) y una experiencia negativa de angustia y cólera. Finalmente, con el paso del tiempo y la repetición de similares situaciones, una y otra vez, las dos experiencias quedarán internalizadas como prototipos de relaciones objetales contrapuestos, una de satisfacción y otra de frustración. Así mismo, a medida que el niño avanza en su desarrollo físico y mental, el Yo del infante irá distinguiendo entre lo que es mundo interno y externo y entre

lo que es madre real y lo que es “él mismo”, como cuerpo físico e interioridad diferentes.

Un factor importante que favorece la introyección de los aspectos amorosos y positivos de la madre parece ser, de acuerdo a Shafer, el miedo a perderla; mientras que las razones para introyectar sus aspectos negativos parecen más complejos. Al respecto, Segal plantea como factor importante en esta dinámica la necesidad del niño, actualizada en fantasía, de controlar el objeto a través de la incorporación del mismo, con lo cual logra una sensación de dominio sobre el objeto y la ganancia de tener un objeto-aunque sea malo- en vez de pasar por la experiencia de no tener objeto alguno. En este respecto, la experiencia clínica repetidamente ha constatado que detrás de la introyección y aceptación del objeto malo está el anhelo y esperanza de mejorar dicha relación. Para la comprensión de tal proceso, además, debe considerarse el nivel infantil del desarrollo mental del niño en sus primeros años, que incidirá en la percepción de *su realidad*, no exactamente coincidente con la realidad externa. Una madre puede querer al niño pero no estar disponible por diversas razones plenamente justificadas, por ejemplo de trabajo, como frecuentemente ocurre en las familias peruanas de pobres recursos.

La Psicología del Self

La Psicología del Self intenta demostrar que toda la psicopatología depende de fallas del *Si mismo*, sea por defectos estructurales, distorsiones o debilidades y que todas ellas se originan en los conflictos interrelacionales sufridos durante la niñez. De este modo, la importancia de la relaciones del niño con sus figuras nucleares constituye el planteamiento básico de este enfoque. Kohut ha señalado, por ello, que la necesidad relacional del Self con los objetos persiste durante toda la vida. El ser humano necesita, con la misma intensidad, tener objetos relacionales en su ambiente para su sobrevivencia emocional como oxígeno en la atmósfera para su sobrevivencia física.

Kohut, quien también ha contribuido a la comprensión del papel de la autoestima en la patogenia de los desórdenes psiquiátricos, resta valor al complejo de Edipo. Si las relaciones objetales primarias han sido buenas, afirma, el complejo de Edipo transcurrirá sin problemas.

En tal sentido tiene vigencia la afirmación de Carlos Alberto Seguí, citada por Max Silva, “que la paternidad no solamente es necesaria (para el niño), sino que constituye una fuente incomparable de satisfacciones, tanto para el hijo cuanto para el padre. Así como este forma a su hijo, el niño contribuye a la formación de su padre”. Y esto se puede afirmar de toda relación humana, para bien o para mal. Nosotros, como seres humanos, aprendemos de nuestros hijos; y como médicos, de nuestros otros hijos, los pacientes.

Terminamos esta breve revisión apoyándonos una vez más en Kernberg, de la línea de las relaciones objetales, quien distingue claramente la esencia de los nuevos desarrollos frente a la posición psicoanalítica ortodoxa. Para este autor, el conflicto inconsciente no depende tan sólo de la lucha que se establece entre la demanda instintiva y la defensa del Yo, sino, también, de la confrontación entre características opuestas de las relaciones objetales internalizadas.

El Yo lidia con las relaciones entre estructuras intrapsíquicas mientras que el Self lo hace con las relaciones objetales. En tal sentido, el Self puede ser tanto representación como estructura. En realidad, éste puede ser definido como el producto final de la integración de muchas representaciones, aunque, aún así, de acuerdo a Bollas, Mitchell, Orden y Shafer, no debe ser considerado como una entidad continua e invariable, pues, a pesar de que el ser humano siempre mantiene la ilusión de ser un Self continuo, la realidad es que estamos compuestos de múltiples y discontinuos Selves, constantemente modelados y definidos por relaciones objetales, reales y/o fantaseadas con los otros. Resulta valioso, en este sentido la observación clínica de Mitchell que, en la medida que los pacientes aprenden a tolerar sus múltiples Selves, comienzan a experimentarse ellos mismos como más constantes y coherentes.

El Psicoanálisis de MVLL propuesto por Silva

Sin tratar de disminuir, en lo más mínimo, la importancia del enjudioso trabajo de Max Silva y apoyándome en su afirmación de que su libro “no pretende pasar de ser una primera piedra” en el objetivo trazado, me permito sugerir algunas reflexiones sobre los datos expuestos. Trataré de hacerlo, sosteniéndome en los desarrollos psicoanalíticos post-freudianos ya resumidos.

Planteamiento de la hipótesis

Max basa su hipótesis en el siguiente resumen de hechos (págs. 210-211): “Todo comenzó con la mentira de que Ernesto Vargas, padre de MVLL, había muerto. Al encontrarse, diez años después, padre e hijo, cada uno por su parte se decepciona del otro: Ernesto esperaba encontrar un hijo próximo a ser púber y no al ‘maricueca que habían criado los Llosa’ o el niñín evidentemente engreído que, en ese entonces, era Mario; y éste, además de la decepción, se sintió estafado porque tuvo al frente a un hombre medio calvo y medio canoso, muy diferente de la fotografía del hombre que permanecía en su velador; todo un galán uniformado de marino a quien MVLL en la primera infancia –como él dice– *besaba al meterme a la cama, dando las buenas noches a mi ‘papacito que está en el cielo’*. Desde ese día, el padre se propone enderezar al hijo o convertirlo en ‘macho’ sea como fuere. El hijo, por su parte, hace todo lo posible para no ceder ni un milímetro ante ese hombre distante y distinto”

Resumo los puntos que a título de sugerencias propongo a Max para el enriquecimiento de su análisis, aunque estoy de acuerdo con él cuando dice en la página 211 que: “así planteado el problema, cada explicación del mismo –¡tantas son!– es posible que tenga una base sólida”

1º. De acuerdo con la teoría psicoanalítica, en sus diversas variantes, el complejo de Edipo se inicia alrededor de los 3 años y se resuelve entre los 6 y 7.

Hasta esa edad, los 7, Mario, como hijo único y primer nieto, gozaba de todos los privilegios, consideración y apoyo afectivo, pues recuerda “haber vivido en Cochabamba, si no en la esquina del paraíso, en el paraíso mismo”. Durante tal periodo, libre de mayores conflictos, su figura edípica idealizada, –el padre muerto que estaba en el cielo– probablemente se personalizaba, ora en el abuelo Pedro ora en el tío Lucho, a quienes, como también el mismo Mario apunta en distintas oportunidades, identifica como sus verdaderos padres. A ello se agregaba la ventaja de que ninguno de ellos rivalizaba con él por el cariño de la madre. Esto tiene connotaciones interesantes en la sociedad peruana, sobre las que después volveré.

2°. Vale decir, que según los datos de que disponemos, MVLI debió haber superado el trance del complejo de Edipo de manera adecuada, alrededor de los 7 años, probablemente integrando sus tres modelos de identificación, el padre muerto pero idealizado, el abuelo y el tío. El denominador común es que con todos ellos tenía una buena relación afectiva sin grandes conflictos negativos. Se comprende así que MVLI afirme que él sólo tiene una familia: “los Llosa”. Lo cual era cierto. Constituía su familia nuclear, con madre y padre incluidos, la única que conocía. Esta resolución del complejo de Edipo garantiza un Yo fuerte y resiliente. El mismo Max Silva confirma este diagnóstico cuando en su nota N° 9 (pp.71) apunta que MVLI, en su artículo *El pene o la vida* (“El Comercio”, 30 de enero de 1994) comenta la castración de J.W. Bobbit, perpetrada por su mujer. “El modo risueño con que MVLI lo hace refleja que él superó la angustia de castración....”

3°. La irrupción del padre en la vida de MVLI a los 10 años de edad, como bien señala Max Silva, se configura en una situación traumática. El padre, tan distinto, física y afectivamente de la imagen idealizada e introyectada, sin establecer vínculo emocional positivo previo con el niño, según las acertadas palabras de Max Silva, le “roba a su madre” y genera en MVLI, lo que él mismo señala como

frustración, rencor, celos y una sensación de no saber qué hacer. Más adelante, los rasgos patológicos de personalidad del padre se harán evidentes, con lo cual la relación se deteriora aún más, caracterizada por un temor del niño a reales e injustos castigos físicos además del alejamiento y oposición consiguientes. “Cuando me pegaba, yo perdía totalmente los papeles, y el temor me hacía humillarme ante él y pedirle perdón con las manos juntas” -dice MVLLI- (pp.83) para luego odiarlo más, hasta que su desarrollo físico le permitiera enfrentar al intruso, agrego yo.

La situación repite una escena frecuentemente observada en algunos estratos socioeconómicos de la sociedad peruana: el ingreso de un padrastro en la familia, en este caso, *un padrastro biológico*, con todas las repercusiones psíquicas y sociales para la prole materna. Se entiende, así, que MVLLI, cuando niño, se sometiera con temor explicable a ese padrastro castigador **a quien debía aceptar y querer como padre** por solicitud materna. Con mucha culpa MVLLI, aún púber, confiesa haber querido, igualmente que dicho padre muriera. También “deseaba que le sobrevinieran todas las desgracias del mundo” y que sus tíos (maternos) “lo emboscaran y le dieran una paliza”, además, “inventaba para él maldades”. Señalo, aquí, que en un estudio realizado en un distrito marginal de Lima Metropolitana, en población de 12-17 años de edad, encontramos que 4% de los encuestados informaron tener concientes ideas homicidas respecto a autoridades familiares o externas.

Se explica así, que en base a un odio creciente y feroz MVLLI entretuviera deseos conscientes de eliminar al padrastro biológico. En otras palabras, el problema se le planteaba en la realidad concreta y no en su realidad intrapsíquica.

4°. Pero el verdadero trauma, a mi entender, se genera con la figura materna. Ella había sido cómplice de su propio robo. Había consentido que la retiraran de Mario, quien hasta entonces era amo y centro afectivo del mundo materno. En una entrevista con

Barnechea. MVLI declara: “Mi madre pasa a ser la mujer de mi padre y yo la pierdo en cierto sentido. A la vez, sigue respondiendo MVLI- se convierte en una persona parcialmente responsable de que yo viva una experiencia tan traumática. Efectivamente, la relación con mi madre se ...diluye, y desde ese momento soy una persona muy aislada, lo que debió ser fundamental para mi voluntad para fantasear y refugiarme en un mundo de ilusión”(pág.190). Que Ernesto Vargas le robara a su madre, con su total complicidad, era algo que no podía aceptar. Max Silva señala que “el robo del objeto más valioso para un niño fue, además, con agravantes, la neurosis traumática que sufrió de todas maneras ese niño, tuvo que ser aún más traumática que en cualquier otro caso ¿Cuáles agravantes?”. Entre ellas, “pasar de ser un niño Dios a uno que comienza a ser tratado sin ninguna consideración, a la mala”, por su padrastro biológico, agregó yo.

No extraña, entonces, que MVLI sea tan sensible a todo lo que signifique traición. Y, según Max Silva, proclive a generar escándalos (como el tío Lucho). Preguntémosnos ¿Quién era más sensible al escándalo en virtud de todo lo ocurrido, el padre o la madre de Mario? El afán inconsciente de búsqueda del escándalo podría ser una forma de venganza inconsciente contra la figura materna.

5°. El tema del incesto, sustentado por el matrimonio con la tía Julia (a la vez imagen materna) y posteriormente con su prima hermana, resulta un tema central en el inconsciente vargasllosiano. Max Silva describe (pág..70) : “que por tener con él sólo un parentesco político, MVLI cree que Julia Urquidí Illanes no puede ser considerada como compañera edípica; sin embargo, ella, lo mismo que su segunda esposa, Patricia Llosa, prima hermana suya, tienen igual connotación edípica según Sigmund Freud. En general, el complejo de Edipo implica endogamia, es decir, el hecho de erotizar o ser erotizado por cualquier miembro de la misma tribu: fruta del mismo cesto (incesto)”

Décadas atrás, en una sesión científica de la Asociación Psiquiátrica Peruana, el Dr. Emilio Majluf presentó un trabajo sobre *El*

Complejo de Edipo en niños que no tenían padre. El estudio era de observación clínica con descripción de varios de los casos analizados. El denominador común era que la imagen paterna substituta estaba representada por diversos personajes reales de la vida del niño o adolescente consultante, más frecuentemente por el tío materno. Entre las características del cuadro clínico, motivo de la consulta, si mal no recuerdo, destacaba el problema del incesto. He tratado de ubicar la publicación del artículo pero en el libro de Bibliografía Psiquiátrica Peruana de Oscar Valdivia Ponce no figura. Desconozco si Emilio Majluf, pionero de la psiquiatría infantil en el Perú, ya fallecido, finalmente lo publicó.

De la guerra invisible a la guerra declarada

En la perspectiva del nuevo psicoanálisis, la guerra declarada por MVLI al padrastro biológico, puede interpretarse como prueba de su capacidad yoica para defender su territorio y posición psicológicos. Ante un padrastro biológico, lejano e intolerante, en situación vital que MVLI describe a Luis Harss en los términos siguientes: “Nos llevamos muy mal los años que vivimos juntos. El tenía una manera de ser muy distinta. Tenía una especie de desconfianza de mí y yo de él. Eramos dos extraños” (pág 140); ante el cual MVLI va acumulando odio y creciente rencor por todo lo que le ha quitado, no solo su madre sino el global equilibrio feliz de su universo vital, resultan comprensibles sus reacciones como niño victimizado. En tal óptica, los malos deseos de MVLI, son los que cualquier hijo peruano podría tener frente a un padrastro tirano y abusivo que no sólo lo maltrataba a él sino también a su madre, hecho que los obligaba a refugiarse en casas de parientes.

Palabras finales

En suma, ¿qué conclusión podríamos extraer del caso MVLI? Como balance general y desde una aproximación psicoanalítica, empezaré

por señalar la fortaleza de su capacidad yoica; por ejemplo, su indeclinable lucha por la libertad en toda situación y tipo de circunsatancia. Más aún, vista desde esta perspectiva, también su decisión de casarse con la “tía” Julia, sin avisar al padre o pedir su consentimiento, y a pesar de sus amenazas, abonaría en tal sentido; dato que constata Max Silva cuando dice: “Con el trato recibido por este padre, otro se hubiera graduado como brillante apocado. En su caso, repito, funcionó una estrategia seguida al milímetro por un Yo inusualmente fuerte o, como diría Giselle Silva, que tenía un alto grado de resiliencia o capacidad para soportar adversidades” (pág. 89). Por mi parte, utilizando los parámetros propuestos por Vaillant, concluiré en que los elementos de salud mental superan, en su caso, a los de patología. En efecto, de las 4 variables citadas por el autor señalado, MVLI cumpliría claramente con 3: Altruismo (se conoce de muchas ayudas que brinda); Sublimación (toda su obra artística puede incluirse en este rubro); y Humor (ampliamente conocido). Es en el mecanismo de supresión, particularmente de impulsos agresivos, donde aprecio algunas fragilidades, aunque no incidiré en detalles. Por otro lado, respecto al diagnóstico que Max Silva plantea sobre sus crisis disociativas, no contando con la oportunidad de un examen directo ni de pruebas complementarias, prefiero diferirlo

Y aquí, siguiendo el ejemplo de Max Silva, “paro la mano porque la cosa se está poniendo color de hormiga” (pág. 208), no sin antes destacar la erudita vinculación que plantea éste en las temáticas de MVLI y César Vallejo y apreciar su: “Cuando Edipo era un niño de pecho (canción de cuna)” así como sus sentidos recuerdos de quien fuera nuestro común maestro, el Dr. Carlos Alberto Seguin.

Y, como cada escritor se refleja en sus propias obras, quede pendiente para otra oportunidad, psicoanalizar, con toda seriedad y respeto, el Complejo de Edipo del propio Max. Silva.

Bibliografía

Silva Tuesta, Max. Psicoanálisis de Vargas Llosa, Editorial Leo, Lima, 2005.

Gabbard G.O. Psychodynamic Psychiatry in Clinical Practice. The DSM-IV edition. American Psychiatric Press Inc. Washington, 1994.

Perales A & SOGI C, Conductas violentas en adolescentes: identificación de factores de riesgo para diseño de programa preventivo. Serie Monografías de Investigación, N° 3. Instituto Nacional de Salud Mental “Honorio Delgado-Hideyo Noguchi”, Lima 1995.